

CAPITULO LXII.

Hombres sin alma.



QUELLA promesa solemne del almirante, despues de tantas escenas de sentimiento, tranquilizó á todos.

Las rápidas emociones del dolor al placer habian producido un efecto maravilloso.

No veian ya á Colon como al aventurero y al ambicioso: lo veian como al jefe más autorizado y digno, y como al padre más solícito y cariñoso.

Todo cuanto sucedia tenia algo de sobrenatural.

No es el acaso el que trasforma á los hombres de ingratos y turbulentos en dóciles y resignados.

Es la Providencia, la que despues de haberlos sometido á pruebas más ó ménos heróicas, quiere premiar las penas y vivificar los corazones angustiados.

Las condiciones del tiempo y de la situacion en que se encontraban aquellos desgraciados, no eran las mejores para dejarse alucinar por la impostura.

Era preciso que hubiera algo de grande, de extraordinario y de sobrenatural en aquel que los contuviera y dominase.

Pero abandonemos por un momento á los leales para seguir á los traidores.

No es posible que encontrasen paz ni calma los que más que por su propia conservacion, ni la de la gente á que sedujeron, se proponian desprestigiar el poder y amenguar el mé-

rito del almirante, sirviéndoles su derrota de pedestal para sus codiciosos propósitos.

Por de pronto, no habia comenzado su fuga, cuando aquellos dos beneméritos se arrojaron al agua para volver como hijos pródigos al seno de aquellas naves abandonadas.

Y ese ejemplo debia ejercer su influencia en las canoas, pues á la gresca y la algazara con que se habian embarcado, sucedió un silencio profundo.

Bien lo conocieron los hermanos Porras, y por eso todos sus esfuerzos se dirigieron á alejarse precipitadamente de aquel sitio, que podia ser un poderoso atractivo, un gran iman para los hombres á cuyo frente se encontraban.

En aquellos momentos serian ineficaces cuantas promesas pudieran hacer.

Ni su carácter, ni su talento, ni sus virtudes, eran populares entre su gente.

Y es seguro que su bandera no hubiera arrastrado prosélitos, si no hubiesen explotado el descontento de aquellos infelices, que cansados de padecer, y habiendo perdido la esperanza, solo querian encontrar un pretexto para salir de aquella terrible cárcel.

Su derrotero fué hácia la isla del Oriente, ó sea el mismo que habian seguido Mendez y Fiesco.

En tan funesta situacion para los hermanos Porras, se propusieron halagar á los cuarenta y seis hombres que les acompañaban.

—Nada temais, les decia el capitán; ha llegado para vosotros la hora suprema de la emancipacion.

—Ya lo deseábamos, contestó un soldado, que conociendo la poca autoridad de sus jefes, queria familiarizarse con ellos.

—Agradecednos nuestra iniciativa y nuestros esfuerzos por redimiros, añadió el contador.

—Hemos salvado nuestras vidas y nuestra libertad, añadió una voz imperceptible.

—Pues adelante, dijo un sargento.

—Pero estamos escasos de provisiones.

—¡Estaban tan pobres las naves que hemos dejado!

—Pero algo más podía haberse sacado.

—Nos hemos embarcado tan precipitadamente....

—¡Si parecíamos cobardes!

—Al correr tanto, creí que huíamos de un peligro inminente.

—No sé por qué nos dimos tanta prisa.

—Y eso que éramos los vencedores.

—Valian tan poco los que quedaban.

—Si estaban enfermos casi todos.

—Pues hemos hecho muy mal en no habernos provisto con más abundancia.

—No estamos tan léjos, y aún podríamos volver.

—Sería un disparate que nunca consentiré, exclamó Francisco Martín Porrás, porque no quiero comprometeros. Considerad que estas canoas no están para idas y venidas.

Estas palabras las pronunció entrecortadas y revelando un miedo que no se escapó desapercibido para ninguno.

—Vamos, capitán, se permitió decirle un subalterno, yo me comprometo, sólo con doce hombres, á partir para las naves, tomarlas por asalto y apoderarme de todos los artículos que pueden convenirnos para nuestro viaje.

El tono en que se expresaba el subalterno hizo temblar á los hermanos Porrás, y el contador, que si carecía de valor abundaba en astucia, se apresuró á parar el golpe.

—¡Bien por el bravo! le dijo. No dudamos de tu valor, y algun dia conocerás la particular estimacion que te tenemos. Ya contamos con tus bríos; pero los aplazamos para ocasion más oportuna y brillante.

Los que oyeron al sargento sorprendieron en sus palabras un acento de desconfianza en la empresa en que todos iban comprometidos, y un deseo de volver á las naves para pedir perdón al almirante y para correr con aquel gran hombre todos los peligros que le aguardaban.

Y los iniciadores de la rebelion comprendieron tambien la actitud del subalterno, y trataron de desfigurarla ante su gente y de halagarla con vanas y mentidas promesas.

—Nada más tengo que decirte, pues mi hermano te ha manifestado nuestros sentimientos, añadió el capitán. Y adelante, adelante, añadió con voz ronca. ¡Adelante! Es preciso que lleguemos pronto á una isla vecina, donde podremos surtirnos de abundantes provisiones.

—Ya las necesitamos; las que tenemos son muy malas y muy escasas.

—Peores hubieran sido si continuamos con Colon. Ya visteis que se concluian, y que no habia esperanza de reemplazarlas.

—Estaban apurados los recursos de aquellos indios.

—Es gente tan frugal....

—Se contenta con tan poco....

—Y los que estamos acostumbrados á una gran vida....

—Los que somos españoles....

—Nada, nada; ya que hemos abandonado al almirante por el mal trato que nos daba en el alimento, y por el largo tiempo de cautiverio que llevábamos, es preciso que cambie pronto nuestra situacion. Es necesario que empecemos á gozar, ya que tanto hemos sufrido.

—Y el navegar en canoa de indio no es cosa cómoda.

Estas frases, que se cruzaban entre aquellos hombres, indicaban bien á las claras que no estaban dispuestos á sufrir, y que si muy pronto no se satisfacian sus deseos, estarían dis-

puestos á cometer toda clase de atropellos, haciendo las primeras víctimas en los que los habian sacado de las naves.

—Quiero demostraros el interes que me inspirais, les dijo el capitan Porras; y ahora mismo vamos á dar un asalto á aquellas guaridas de indios que desde aquí se ven.

—Aprobado, aprobado.... y manos á la obra.

Poco tiempo despues atracaban entre unas rocas las diez canoas de los rebeldes.

Aunque aquellos indios eran vecinos de los de las naves, y no debian extrañar el encontrarse entre españoles, sin embargo se sorprendieron de aquella visita intempestiva que venia á turbar su calma, porque instintivamente conocieron que la actitud de aquellos hombres era amenazadora.

—Venimos á saludaros, les dijeron, y á pasar con vosotros algun tiempo.

—¿Nos tratareis bien?

—¿Nos dareis buena comida?

—¿Sereis muy obsequiosos con nosotros?

—Somos vuestros amigos.

—Ahí hemos dejado á vuestros enemigos.

—Esos, esos son: los que están al otro lado de aquellas rocas.

—Nosotros os queremos, pero tenemos que cumplir órdenes severas.

—Es preciso que nos surtais de provisiones.

—¿Qué es lo que teneis?

—Vamos á registrar sus chozas, que algo de bueno encontraremos.

—Tenemos poco, tenemos poco, contestaban los pobres indios.

—Pues nos dareis lo que tengais.

—Pero tenemos hambre, y lo propio acontece á nuestras mujeres y á nuestros hijos.

—Pues nosotros mandamos; tenemos fuerza, y os haremos cumplir con nuestras exigencias.

Si aquellos hombres hubieran conservado un resto de los nobles sentimientos y de las ideas caballerescas que les inspiraba Colon, no hubiesen cometido los inauditos atropellos que cometieron con los salvajes.

Todo cuanto encontraron lo convirtieron en su presa, y para que nada les ocultaran, los sujetaron á los más duros y crueles tratamientos.

Alguno, ménos inhumano, queria descargar sobre Colon el peso de su conciencia, y les decia que ellos no eran los que les arrebataban el alimento; que el almirante era el que les habia dado órdenes terminantes de saquearlos. Que no tenían culpa alguna en lo que hacian, pero que su jefe les pagaria todo lo que les arrebataban.

Este era el lenguaje de los ménos malos, de los que aún podian conocer todo el daño que causaban á gente tan sencilla é inofensiva como los indios.

Les hacian ver que Colon era el mayor enemigo de los indios, y el gran tirano de aquellas playas. Se esforzaron cuanto pudieron por desacreditarle y por despertar contra él una saña cruel, hasta el punto de decirles que si no les pagaba lo que ellos habian tomado obedeciendo su mandato, le quitaran la vida.

Aquella gente malvada no tenia corazon para compadecerse. No habia en ella más que un refinado egoismo.

Y cuando las tormentas de la mar pusieron en peligro las canoas, como carecian de lastre para aligerarlas, arrojaban al agua los indios que ménos útiles les eran, conservando solamente los necesarios para el remo.

Eran diestros nadadores aquellos infelices, y procuraban seguir á nado á las canoas, asiéndose á ellas para tomar alien-

to y descansar; pero como esto podia comprometer á los españoles, les herian con el filo de las espadas y les cortaban las manos.

De esta manera inícuca dieron muerte á diez y ocho.

Cuando se encontraron los españoles en tierra, discutieron lo que podria ser más conveniente.

Algunos querian ir á Cuba.

Otros quisieron volver á las naves y quitarles las armas y víveres, y no faltó quien quiso reconciliarse con el almirante.

Pero al fin convinieron en intentar de nuevo el viaje á la Española; y como el tiempo se opuso á sus intentos, bogaron de poblacion en poblacion, comatiendo toda clase de atropellos, y demostrando que el hombre abandonado á sus pasiones, y sin otro móvil que su egoismo, es más brutal y feroz de las fieras.

CAPITULO LXIII.

El último recurso.



Se encontraron reunidos al fin.

Era por cierto una asamblea bien heterogénea.

Por una parte, los indios con su ignorancia y credulidad.

Por otra, los españoles alumbrados por la luz de la religion y de la ciencia.

Y sin embargo, era preciso que se entendieran, que llegasen á un acuerdo definitivo.

La suerte de Colon y de sus compañeros dependia de la actitud de los indios.

La mala semilla que habian sembrado entre los salvajes los rebeldes capitaneados por los hermanos Porras, estaba fructificando.

Sabido es que aun los ménos malos de los insurgentes, queriendo justificar ó atenuar su infame y alevosa conducta con aquellos desgraciados indios, á quienes sacrificaban con el despojo y con los más duros tratamientos, les dijeron que no procedian por cuenta propia, sino por órdenes severas que les habia dado el almirante.

Y aquellos infelices, crédulos siempre, tenian por ciertas tan terribles calumnias.

No era, pues, motivo de extrañeza el encontrarse preocupados contra Colon, puesto que en él veian al gran usurpa-